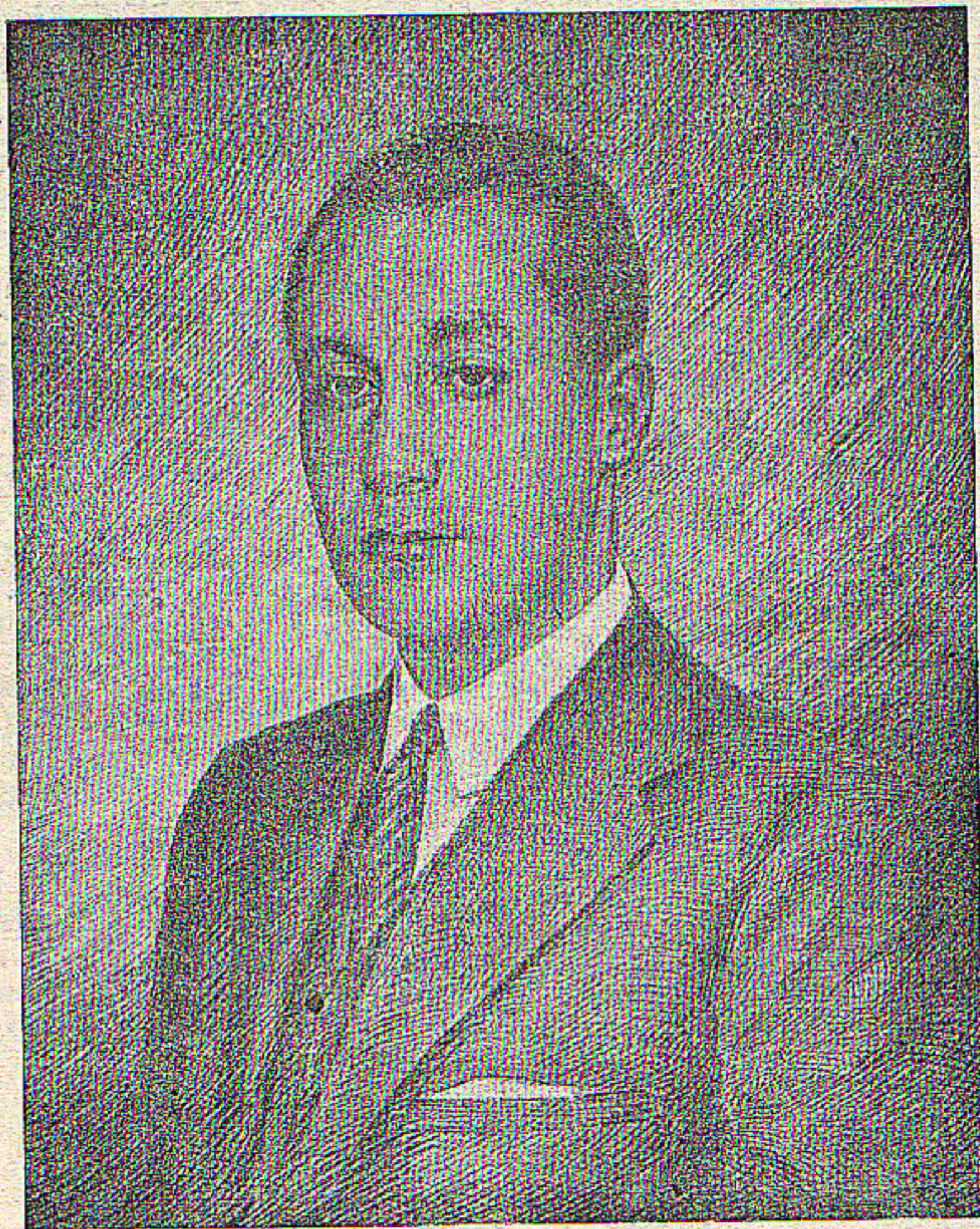


GALERÍA DE UNIVERSITARIOS ESPAÑOLES

JOSÉ ANTONIO



CONMEMOREMOS aquí, con fiel y grave memoria, al José Antonio universitario. No se podrían entender la política ni el estilo de José Antonio sin considerar la decisiva impronta que dejó en él su educación universitaria. Su amor a la inteligencia y a la precisa claridad, su elegancia dialéctica y literaria, su gusto por las buenas

letras y, sobre todo, aquel permanente empeño suyo por meter en la empresa de España a los hombres vocacional y profesionalmente dedicados a la inteligencia, serían rigurosamente inexplicables sin una huella profunda de la Universidad sobre su vida. Esta vida suya fué una heroica y ejemplar dedicación al amor: amor al destino de España, a los hombres de España, a las tierras de España. Mas su amor era razonador, lúcido, «claro en el alma». Era del linaje de aquel *amor che nella mente mi raggiona*, cantado antaño. Por esa dimensión razonadora, letrada y universitaria del amor de José Antonio al destino, a los hombres y a las tierras de España, es por lo que encabeza su efigie esta galería de universitarios españoles.

A PENAS hay suceso que conturbe tanto como la muerte del hombre joven; más aún si alcanza tempranas excelencia o capitania. Pensemos un momento en los santos jóvenes o en los jóvenes que murieron en senda de santidad. ¿No murió con ellos un posible San Pablo, un San Agustín, un San Ignacio? Pensemos también en el héroe quebrado en juventud. ¿No se fué con él, en ciernes, un César redivivo, un insospechado Carlos V o un Napoleón del puro bien? Hállase el ser del hombre atado al tiempo, y no sólo al pasado, sino al indeciso porvenir; tanto, que sólo cuando la muerte hiere al cuerpo decrepito nos parece que se ha consumado la promesa inquietante que en todo hombre hay. Hasta en la vejez; que siempre el humano «yo soy» viene amasado con arcilla de tiempo, y siempre, hasta la muerte, es el nacido capaz de conversión transfiguradora o de turbio envilecimiento. Apenas extraña que el hombre moderno, desde el ocaso de la Edad Media, por lo mismo que siente su vida desligada de todo gobierno trascendente o providencial, vislumbre en torno a su ser, como elemento constitutivo suyo, una incierta y amenazadora o amiga «fortuna»: *Fortuna contra me hactenus perpetuum bellum gerit. Haec vita mea est*, escribía ya el temprano Petrarca.

¿Qué lejos de esta actitud la del cristiano! El sabe, con la certidumbre translógica y archilógica de la fe, que en cada uno de sus actos y vicisitudes, por debajo de la voluntaria o fatal apariencia, se entraman sin costura su libertad y una suprema e inefable providencia. «Dios escribe derecho con rayas torcidas», dice una sabiduría popular entre senequista y teológica. Hasta en la muerte temprana y azarosa.

Gemía Rilke : «¡ Da a cada uno, Señor, su propia muerte !» Pero el cristiano profundo debe clamar : «¡ Dame luz y corazón, Señor, para que cualquier muerte que me acaezca sea la mía !» Porque la muerte siega siempre, inacabado, un misterioso destino futurible ; mas también acaba y redondea siempre, para el que existe cristianamente, un destino seguro y cierto. El blanco en que la flecha se clava, quiebra, es cierto, la libre parábola de su vuelo ; pero en un mundo muy superior al mecánico de la saeta—el de las intenciones humanas—, ella ha cumplido un nuevo y cierto destino : la gloria ejemplar de un tiro certero o el fracaso irreparable de un vuelo baldío.

Vienen estas reflexiones a la mente cuando se conmemora la muerte de un hombre joven. Alcanzan, empero, multiplicada urgencia cuando de un héroe joven se trata, y este es por excelencia el caso de José Antonio. Su misma juventud—él mismo nos lo dice en su testamento—se alzaba contra aquella adversa y criminosa «fortuna» que le impedía cumplir íntegro un anunciado y bien servido destino de capitán. Pocos han podido repetir con mejor justificación estos dos estremecedores versos de Quevedo :

*Siento haber de dexar deshabitado
Cuerpo que amante espíritu ha ceñido.*

La juventud auténtica es siempre un brioso «querer ser», y todo querer se rebela contra el obstáculo a su impulso. Al fin, el cristiano supo hacer suya aquella muerte azarosa : ante Dios, en un acto de serena entrega a su justicia ; y ante nosotros, haciendo que aquella muerte, grave y gallardamente enlazada con la anterior vida, convirtiese a ésta en alto e indeclinable ejemplo.

Si todas las vidas tienen una secreta cifra, un sentido unitario que se cierra y concluye con la luz de los ojos, la vida de José Antonio ha adquirido para nosotros, sobre todo otro sentido posible, el de la ejemplaridad. Aquellos disparos en la madrugada, hace cinco años, segaron muchos destinos posibles, pero también dieron acabada y terrible perfección a otro, el que convertía al héroe en ejemplo insuperable de españoles. Hay vidas a las que da sentido la hazaña cumplida, y, pasada ésta, quedan a los ojos del hombre como vacías o artificialmente

prolongadas: así las de Colón o el Gran Capitán. Otras, las del filósofo, el político o el arquitecto, lo hallan en la obra visible y transmitida. Otras, en fin, ganan su significación en el ejemplo, en su condición ideal o paradigmática. A ellas pertenece la breve y gloriosa de José Antonio.

Más que sus palabras, más que su misma obra fundacional, de José Antonio nos queda su levantada calidad ejemplar. No es un azar que la palabra «estilo»—tantas veces mal entendida o mal empleada por la espesa mediocridad de unos y por la cursi tónica de otros—haya quedado como la más secreta exigencia en los círculos auténticamente inmediatos a José Antonio. Del hombre ejemplar no queda receta ni concluso sistema, sino eso, un «estilo» en el modo de existir: estilo del hidalgo, estilo del santo. La herencia mejor de José Antonio, más que su germinal obra de fundación, fué el hallazgo de un estilo en el vivir, y precisamente el del español de nuestro tiempo. Halló el modo de enlazar en viviente y operadora unidad todos los términos antinómicos de esta hora: lo nacional y lo religioso, lo presente y lo tradicional, la revolución y la norma, la demagogia y la elegancia, la inteligencia y el ímpetu. Todo ello, que estaba trabado con gallarda armonía en la vida de sus tres años últimos, fué de golpe convertido, por obra de aquel tumbo de su cuerpo sobre tierra española—debió estremecerse en sus cimientos la España celeste, ya que esta otra no lo hizo—, en la más alta y exigente norma moral del español. Desde entonces, hasta que sea recogida la cosecha que su muerte sembró, Dios ha querido sin duda que este ejemplo vivo de un hombre muerto sea para los españoles espejo y acicate, impulso y modelo.

El español de hoy puede levantar a Dios el clamor agradecido del Salmista, y decir con él: Dirupisti vincula mea. Por obra de innumerable sacrificio y merced de Dios, fueron quebrantadas nuestras cadenas. Tenemos ya los brazos libres, o al menos podemos tenerlos si no los aploma el desaliento. La vida y la muerte de José Antonio nos están diciendo, con apremiante voz imperativa, la norma ejemplar a que debe servir cada día nuestra ganada y tantas veces inmerecida libertad. Esta es, creo yo, la mejor lección de nuestro conmovido recuerdo.—L.